

4. Síntesis ideal de la diferencia

Kant no deja de recordar que las Ideas son esencialmente «problemáticas». Inversamente, los problemas son las Ideas mismas. Sin duda, él muestra que las Ideas nos precipitan en falsos problemas. Pero ese carácter no es el más profundo: si la razón, según Kant, plantea falsos problemas en particular, entonces lleva la ilusión en su seno; y eso ocurre porque, ante todo, está facultada para plantear problemas en general. Una facultad semejante, tomada en su estado natural, no tiene todavía el medio de distinguir lo que es verdadero de lo falso, lo que está fundado o no en un problema que ella plantea. Pero la operación crítica, precisamente, tiene por fin proveerle de ese medio: «La Crítica no tiene por qué ocuparse de los objetos de la razón, sino de la razón misma o de los problemas que surgen de su seno».¹ Se aprenderá que los falsos problemas están ligados a un uso ilegítimo de la Idea. De allí resulta que no todo problema es falso: las Ideas, conforme a su naturaleza crítica bien entendida, tienen un uso perfectamente legítimo, llamado «regulador», de acuerdo con el cual constituyen verdaderos problemas o plantean problemas bien fundados. Por ello «regulador» significa «problemático». Las Ideas por sí mismas son problemáticas, problematizantes; y Kant, a pesar de ciertos textos donde asimila los términos, se esfuerza por mostrar la diferencia entre «problemático», por una parte, e «hipotético», «ficticio», «general» o «abstracto», por otra. Por consiguiente, ¿en qué sentido la razón kantiana, como facultad

¹ Kant, *Critique de la raison pure*, prófalo de la segunda edición (tr. Barni, Gibert, ed., I, págs. 24-5): «La razón pura especulativa tiene esto de particular, que puede y debe estimar exactamente su propia potencia, según las diversas maneras en que elige los objetos de su pensamiento, y hasta hacer una enumeración completa de todas sus formas diferentes de plantearse los problemas. . .».

de las Ideas, plantea o constituye problemas? Es que sólo ella es capaz de reunir en un todo los procesos que realiza el entendimiento concernientes a un conjunto de objetos.² El entendimiento por sí mismo quedaría sumergido en procedimientos parcelarios, prisionero de interrogaciones o de investigaciones empíricas parciales referentes a tal o cual objeto, pero nunca se elevaría hasta la concepción de un «problema» capaz de dar a todas sus gestiones una unidad sistemática. El entendimiento, por sí solo, obtendría resultados o respuestas, aquí y allá, pero estas nunca constituirían una «solución». Pues toda solución supone un problema, es decir, la constitución de un campo sistemático unitario que orienta y subsume las investigaciones o las interrogaciones, de tal modo que las respuestas, a su vez, forman precisamente casos de solución. Kant llega a decir que las Ideas son «problemas sin solución». Esto quiere decir, no que las Ideas sean necesariamente falsos problemas, por consiguiente insolubles; sino, por el contrario, que los verdaderos problemas son Ideas, y que esas Ideas no son suprimidas por «sus» soluciones, ya que son la condición indispensable sin la cual no existiría nunca ninguna solución. La Idea sólo tiene uso legítimo cuando se relaciona con los conceptos del entendimiento. Pero, inversamente, los conceptos del entendimiento sólo encuentran el fundamento de su pleno uso experimental (máximum) en la medida en que se relacionan con las Ideas problemáticas, ya sea que se organicen según líneas que convergen hacia un *foco* ideal fuera de la experiencia, ya sea que se reflejen sobre el fondo de un *horizonte* superior que los abarca a todos.³ Esos focos, esos horizontes, son las Ideas, es decir, los problemas como tales, en su naturaleza inmanente y trascendente a la vez.

Los problemas tienen un valor objetivo, las Ideas tienen, en cierto modo, un objeto. «Problemático» no sólo significa una especie particularmente importante de actos subjetivos, sino una dimensión de la objetividad como tal, investida por esos actos. Un objeto fuera de la experiencia sólo puede ser representado bajo una forma problemática; lo que no significa que la Idea no tenga objeto real, sino que el proble-

² *Id.*, *Des Idées transcendentales*, I, pág. 306.

³ Las dos imágenes se encuentran en el *Appendice à la dialectique*, II, págs. 151 y 160.

ma en tanto problema es el objeto real de la Idea. El objeto de la Idea, recuerda Kant, no es ni una ficción, ni una hipótesis, ni un ser de razón: es un objeto que no puede ser dado ni conocido, sino que debe ser representado sin poder ser determinado directamente. A Kant le gusta decir que la Idea como problema tiene un valor objetivo e indeterminado a la vez. Lo indeterminado ya no es una simple imperfección en nuestro conocimiento, ni una carencia en el objeto; es una estructura objetiva, perfectamente positiva, que ya actúa en la percepción a título de horizonte o de foco. En efecto, el objeto indeterminado, el objeto en Idea, nos sirve para representar otros objetos (los de la experiencia) a los que presta un máximum de unidad sistemática. La Idea no sistematizaría las gestiones formales del entendimiento, si el objeto de la Idea no prestara a los fenómenos una unidad similar desde el punto de vista de su materia. Pero de ese modo, lo indeterminado no es sino el primer momento objetivo de la Idea. Pues, por otra parte, el objeto de la Idea llega a ser indirectamente determinable: es determinable por analogía con esos objetos de la experiencia a los que confiere la unidad, pero que, en retribución, le proponen una determinación «análoga» a las relaciones que mantienen entre ellos. En fin, el objeto de la Idea lleva en sí el ideal de una determinación completa infinita, ya que asegura una especificación de los conceptos del entendimiento, por la cual estos abarcan cada vez más diferencias, disponiendo de un campo de continuidad, en verdad, infinito.

La Idea presenta entonces tres momentos: indeterminada en su objeto, determinable en relación con los objetos de la experiencia, lleva en sí el ideal de una determinación infinita en relación con los conceptos del entendimiento. Es evidente que la Idea retoma aquí los tres aspectos del Cogito: el Yo [Je] soy como existencia indeterminada; el *tiempo* como forma bajo la cual esa existencia es determinable, el Yo [Je] pienso como determinación. Las Ideas son exactamente los pensamientos del Cogito, las diferenciales del pensamiento. . . Y en tanto el Cogito remite a un Yo [Je] fisurado, resquebrajado de un extremo al otro por la forma del tiempo que lo atraviesa, es preciso decir que Ideas que hormiguean en la fisura, que emergen constantemente de sus bordes, salen y vuelven a ella sin cesar, organizándose de mil modos distintos. Por esta razón no se trata de colmar

lo que no puede ser colmado. Pero así como la diferencia reúne y articula inmediatamente lo que distingue, la fisura retiene aquello que fisura; también las Ideas contienen momentos desgarrados. Corresponde a la Idea interiorizar la fisura y sus habitantes, sus hormigas. No hay en la Idea ninguna identificación ni confusión, sino una unidad objetiva problemática interna, de lo indeterminado, de lo determinable y de la determinación. Es lo que no aparecía con suficiente claridad en Kant: dos de los tres momentos, según él, son caracteres extrínsecos (si la Idea es en sí misma indeterminada, no es determinable sino en relación con los objetos de la experiencia y no lleva en sí el ideal de determinación sino en relación con los conceptos del entendimiento). Más aún, Kant encarnaba esos momentos en Ideas distintas: el Yo [Moi] es, sobre todo, indeterminado; el Mundo, determinable; y Dios, ideal de la determinación. Quizás es preciso buscar allí las verdaderas razones por las que Kant, como le reprocharon los poskantianos, se atiene al punto de vista del condicionamiento sin alcanzar el de la génesis. Y si el error del dogmatismo consiste siempre en colmar lo que separa, el del empirismo radica en dejar a lo separado en el exterior; en ese sentido, todavía hay demasiado empirismo en la Crítica (y demasiado dogmatismo en los poskantianos). El horizonte o el foco, el punto «crítico» en el que la diferencia cumple la función de reunir, en tanto diferencia, todavía no se ha asignado.

Oponemos dx a no-A como símbolo de la diferencia (*Differenzphilosophie*) frente al de la contradicción, como la diferencia en sí misma a la negatividad. Es cierto que la contradicción busca la Idea por el camino de la mayor diferencia, mientras que la diferencial corre el peligro de caer en el abismo de lo infinitamente pequeño. Pero así el problema no está bien planteado: es un error ligar el valor del símbolo dx a la existencia de los infinitesimales; pero también es un error negarle todo valor ontológico o gnoseológico en nombre de una recusación de estos. De modo que, en las antiguas interpretaciones del cálculo diferencial, tildadas de bárbaras o precientíficas, hay un tesoro que debe ser desprendido de su ganga infinitesimal. Es preciso tener mucha ingenuidad verdaderamente filosófica, y mucho ímpetu, para tomar en serio el símbolo dx : Kant, y hasta Leibniz, re-

nunciaron a ello por su propia cuenta. Pero en la historia esotérica de la filosofía diferencial, tres nombres brillan con vivo fulgor: Salomon Maimon, paradójicamente, funda el poskantismo mediante una reinterpretación leibniziana del cálculo (1790); Hoëne Wronski, matemático profundo, elabora un sistema simultáneamente positivista, mesiánico y místico, que implica una interpretación kantiana del cálculo (1814); Bordas-Demoulin, reflexionando sobre Descartes, da del cálculo una interpretación platónica (1843). Aquí, muchas riquezas filosóficas no deben ser sacrificadas a la técnica científica moderna: un Leibniz, un Kant, un Platón del cálculo. El principio de una filosofía diferencial en general debe ser objeto de una exposición rigurosa y no depender para nada de los infinitamente pequeños. El símbolo dx aparece a la vez como indeterminado, como determinable y como determinación. A esos tres aspectos corresponden tres principios, que forman la razón suficiente: a lo indeterminado como tal (dx, dy) corresponde un principio de determinabilidad; a lo realmente determinable ($\frac{dy}{dx}$) corresponde un principio de determinación recíproca; a lo efectivamente determinado (valores de $\frac{dy}{dx}$) corresponde un principio de determinación completa. En suma, dx es la Idea, platónica, leibniziana o kantiana: el «problema» y su ser.

La idea del fuego subsume el fuego como una sola masa continua, susceptible de acrecentarse. La Idea de la plata subsume su objeto como una continuidad líquida de metal fino. Pero si es verdad que lo continuo debe relacionarse con la Idea y con su uso problemático, lo es con la condición de no definirse ya por caracteres tomados de la intuición sensible, o hasta geométrica, como ocurre ahora cuando se habla de interpolación de intermediarios, de series intercalares infinitas o de partes que nunca son lo más pequeñas posible. Lo continuo no pertenece verdaderamente a la Idea sino en la medida en que se determina una causa ideal de la continuidad. La continuidad, tomada con su causa, forma el elemento puro de la cuantitabilidad. Este elemento no se confunde ni con las cantidades fijas de la intuición (*quantum*), ni con las cantidades variables como conceptos del entendimiento (*quantitas*). Por eso, el símbolo que lo expresa